

EL PUERTO DE MATAMOROS EN 1844

Manuel Payno



EL PUERTO
DE MATAMOROS
EN 1844

COLECCIÓN 
MONTES ALTOS

EL PUERTO
DE MATAMOROS
EN 1844

Manuel Payno



El puerto de Matamoros en 1844

Manuel Payno

Primera edición 2013

ISBN: 978-607-8222-50-6

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*Consolación de la brevedad de la vida es la historia,
a ella ni el espacio ni el tiempo la limitan.*

Juan de Torquemada.

Miguel León Portilla afirmaba que la verdadera historia siempre es búsqueda de significados. Al investigar el pasado tomamos conciencia de que no es algo estático, sino fuerzas en movimiento, memoria que podemos crear y re-crear, darle aliento de vida.

La colección *Montes Altos* del *Fondo Editorial Tamaulipas* busca a través de narraciones, investigaciones y documentos históricos, poner en el centro a la historia regional: nuestra historia. Desde las múltiples miradas de sus autores, Tamaulipas muestra su fascinante diversidad en estos textos que tejen los hilos de nuestra memoria colectiva para conocernos y reconocernos, al tiempo que reafirmamos lo que nos identifica y lo que nos distingue.

Estos libros, al establecer un diálogo desde el presente con el pasado, contribuyen a explicar, a comprender, la actualidad y sus claroscuros. Letras, que como pequeñas piezas, se van integrando para edificar historias que nos permiten también valorar la importancia de los logros de nuestros antepasados. Historias heroicas que hacen justicia a los que nos precedieron y buscan favorecer la forja de tamaulipecos comprometidos y sensibles.

Porque reconocemos que “el quehacer histórico puede dar lugar a diversas formas de grandeza”, la colección *Montes Altos* nos revela acontecimientos que se significan

en nuestra *altiva y heroica* tierra a través de ejemplos entrañables. Hombres y mujeres, quienes con sus potencias y sus carencias, edificaron el Tamaulipas que habitamos. Historias que nos dotan de sentido y nos comprometen a fundar espacios sociales que animen la conversación, la solidaridad y el diálogo.

Crear, discutir, significar. Todo eso y más podemos con la historia: construir un Tamaulipas fuerte para todos.

Libertad García Cabriales

Directora General

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

PRESENTACIÓN

Manuel Payno, uno de los intelectuales mexicanos más prominentes del siglo XIX, radicó en la frontera tamaulipeca entre 1839-1842. Su estancia, junto a Guillermo Prieto, obedeció a una encomienda del gobierno en la aduana de Matamoros, durante la presidencia de Nicolás Bravo y Francisco Javier Echeverría. Joven extremadamente inquieto, en esta población no sólo dedicó sus afanes a tareas administrativas, sino también a redactar una serie de notas que publicaría en 1844 en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, bajo el título *El puerto de Matamoros en 1844*.

Más allá de su enfoque regional costumbrista, la importancia de esta obra radica en el registro del desarrollo y crecimiento económico y cultural de aquella ciudad del siglo XIX. La inquietud de Payno para describir al puerto de Matamoros, fue precisamente por el rápido crecimiento que vio de aquella región, a raíz de una ley emprendida por las Cortes de Cádiz en 1820 que dio origen a la apertura comercial de varios puertos en el litoral del Golfo, entre ellos, el puerto de El Refugio, luego Matamoros.

En efecto, tras la independencia de España, los no-veles políticos del primer imperio mexicano reactivaron los anhelos de las Provincias Internas de Oriente al proponer una serie de medidas para resarcir la economía nacional.

Como se mencionó, en el otoño de 1820, las Cortes de Cádiz autorizaron la libertad de comercio y la creación de los puertos de El Refugio, Soto la Marina y Tampico

en el litoral de las Provincias Internas de Oriente, particularmente en la costa norte del Golfo de México. Es decir, aunque desde las postrimerías virreinales, hubo quienes apostaban contra el monopolio comercial de los mercaderes del centro de Nueva España, fue Miguel Ramos Arizpe quien asumió la responsabilidad de llevar la representación de las Provincias Internas de Oriente ante las Cortes de Cádiz para la apertura de los puertos. En el año de 1826 se le conoció formalmente al puerto de El Refugio, como Matamoros.

Durante los primeros años de haber entrado en función, dicho puerto estuvo frente a las masivas intimidaciones por parte del gobierno federal en cerrar sus oficinas, pretensión que respondía a los poderosos intereses de los comerciantes de Veracruz y la Ciudad de México. Las amenazas apuntaban al hecho de que en el año de 1823 se había hecho una concesión por siete años contiguos al puerto de El Refugio, para que pudieran recibir mercancías extranjeras exentas de todo impuesto aduanal, bajo la condición de que todo el producto se consumiera exclusivamente en territorio texano. Lo anterior reducía las aspiraciones e intereses de los mercaderes del centro de México, pues prácticamente se les arrebatava de las manos una buena parte de los mercados más importantes del norte de México.

Entre 1840 y 1844, al igual que otras, la aduana de Matamoros no estaba situada en su respectivo puerto de mar, sino en sitios interiores cercanos a ellos. De hecho, desde la creación del puerto de El Refugio, en Matamoros, se había elaborado una serie de demandas con el objetivo de cambiar el sitio de desembarco de los navíos. Las disposiciones defendían el hecho de que el pueblo de Matamoros ya se había

convertido en una importante ciudad con un flujo comercial que conectaba a varias regiones del norte de México. En palabras de Payno la ciudad era “moderna y recién plantada, que a despecho de los obstáculos y de las revoluciones se ha levantado, por decirlo así, del seno del desierto, y que progresa diariamente”. (Payno, 1844).

En este contexto se sitúa la crónica de Payno que, si bien, puede tener datos que escapan a la realidad, la lupa del historiador sabrá interpretar su contenido. Se aprecia en el trabajo escritural de Payno, un verdadero interés por dejar un registro del crecimiento económico de aquella ciudad fronteriza; su incipiente arquitectura; el movimiento comercial y la descripción geográfica del territorio.

Francisco Ramos Aguirre
y Benito Navarro González.

AL LECTOR*

Del periódico *El Siglo Diez y Nueve* publicado por Cumplido en 1844 tomamos lo que a continuación publicamos.

El primer asunto por las iniciales de M. P. bien puede ser de Manuel Payno.

Lo publicado da una idea de México y por esto lo damos de nuevo a las prensas.

El Editor
Vargas Rea

*Reproducción tomada del fascículo aparecido en 1951 dentro de la colección Bibliotecas de Historiadores Mexicanos.

EL PUERTO DE MATAMOROS EN 1844

Hay algunas poblaciones modernas y recién plantadas, que a despecho de los obstáculos y de las revoluciones se han levantado, por decirlo así, del seno del desierto, y progresan diariamente. Una de ellas es Matamoros, situada hoy en la orilla sur del río Bravo del Norte, a distancia de 11 leguas del mar y de 350 de la capital de la república.

Mucho tiempo estuvo si no desconocida al menos deshabitada esa costa, hasta que unos misioneros del Colegio Apostólico de Zacatecas, fundaron entre otras la Misión del Refugio. Las incursiones de los bárbaros y los pocos medios que había de subsistencia entre los bosques incultos, hicieron que por mucho tiempo la misión no pasase de una pequeña rancharía. Poco después, algunos vecinos del Nuevo Santander y aún de Béjar y las Villas del Norte, vinieron a establecerse animados con la ventaja que proporcionaba la cercanía del río, y llenaron aquellos bosques de abundantes caballos, bueyes, mulas y rebaños de carneros y chivos. La misión con todo y lo lejana y aislada que estaba, progresaba de día en día, hasta el grado de rivalizar con Reynosa, que fue, según se me ha asegurado, una de las primeras poblaciones de las orillas del Bravo. Las incursiones de los indios no dejaban de inquietar a los nuevos colonos, pero por una parte las compañías presidenciales organizadas hacían su deber, mientras que por otra los habitantes se aliaron con los carrizos, pintos, apalaguemes y otras tribus descendientes de tlascaltecas y

mexicanos feroces y malvados, para hacer la guerra a los salvajes de las orillas de los ríos de Tejas.

No sé asertivamente cuánto tiempo existió de esta manera la Misión del Refugio, lo cierto es que los ganados aumentaban, y los vecinos disfrutaban hasta cierto punto de una vida tranquila y cómoda.

Con ocasión de un buque que una tempestad arrojó a la playa, según aseguran unos vecinos, exploraron la costa de la boca del río y brazo de Santiago. En la divergencia de opiniones que hay sobre el verdadero origen de Matamoros, me inclino a creer que no dejarían de visitar la costa algunos pequeños buques contrabandistas, y con tal motivo los colonos del Refugio harían sus frecuentes excursiones para habilitarse de mantas, loza, y otras cosas.

Por fin, el año 29, el gobierno habilitó el puerto al comercio extranjero, y con eso toda la colonia de la misión se trasladó a Matamoros, que por cierto está muy variado, pues el río pasaba por donde ahora esta la plaza principal.

En el principio todas las habitaciones eran jacales formados de troncos de mezquite y palmito; pero después comenzaron a hacerse ladrillos, y con esto y la introducción de madera extranjera, se levantaron como por encanto casas, algunas si no magníficas sí bellísimas y casi casi iguales a las de los Estados Unidos.

Las revoluciones que han arruinado al comercio, y la frecuente estación de las tropas sin los necesarios recursos para vivir han influido algunas veces en la decadencia de Matamoros así como el excesivo rigor de los empleados de la aduana marítima pero a pesar de todo cada día se levantan casas nuevas, se recomponen otras, y se dan aunque lentamente, algunos pasos para el arreglo y mejora de la policía.

Cuando yo vivía ahí faltaban algunos establecimientos necesarios en una población del rango de Matamoros pero hoy con bastante placer he sabido que está plantada una alameda, construido un teatro y mejorada notablemente la escuela pública; recompuestas las banquetas de las calles y proyectado el alumbrado que se extrañaba mucho principalmente en las oscuras noches de invierno.

Matamoros está situado en un terreno que aunque propio para el cultivo de la caña, arroz, algodón, es de un aspecto triste y monótono pues sólo crecen los mezquites, los ébanos y los matorrales de gobernadora a causa de que los fuertes vientos que soplan en la llanura impiden el cultivo de flores y plantas delicadas. No obstante, el aspecto de la ciudad es curioso y enteramente nuevo para el que va por primera vez del interior. Las calles, las casas, el paisaje del campo y hasta las costumbres son diversas de las de otros pueblos del centro de la república. No se encuentran, como en algunas de nuestras ciudades, esos suburbios llenos de suciedad y de hombres ociosos y vagos envueltos en unas frazadas, sino que la gente pobre si bien habita unos jacales miserables está vestida con más aseo y propiedad, y se conoce que no la inclinación, como los que viven en estas pocilgas de nuestros barrios, si no la falta de arbitrios hace que no tengan las comodidades necesarias.

En cuanto a las casas de los que tienen más proporción se hallan amuebladas con gusto y a veces con un lujo refinado.

Los paseos más frecuentados son el punto que se llama Anacuita, en la orilla del río, y Puertas Verdes, que es un sitio distante a una legua por el camino de la costa donde hay una preciosa casa de campo y una huerta bastante bien cultivada.

Antes no se sembraba maíz, pero hoy en día todos los dueños de los ranchos situados en la orilla del río hacen sus siembras, y dentro de Matamoros y sus inmediaciones muchos se dedican al cultivo de la hortaliza, lo que hace que la cocina sea ya mucho más agradable que antes, que sólo se podía guisar carne, y sea dicho de paso, bastante buena.

A propósito, he hablado con muchos que están en la inteligencia de que Matamoros es muy caro. Desde ahora advierto con toda verdad a los que estén en este error, que Matamoros es relativamente tan barato como México, y que con pocas excepciones no se carece de lo necesario para vivir con comodidad. Excelentes vinos, buenas carnes, multitud de encurtidos, conservas y comestibles de los Estados Unidos, una casa regular y bien amueblada, lienzos blancos a precios muy cómodos. Creo que no puede apetecerse más.

El carácter de los habitantes parece a primera vista rudo y áspero; pero una vez que se han contraído algunas relaciones, se observa una franqueza y una amabilidad grandes, particularmente las mujeres: blancas, de ojos grandes y negros, de pelo sutil de ébano de proporciones mórbidas que anuncian la salud, las mujeres de las orillas del Bravo son por lo común encantadoras, y esto es tan general en la frontera, que aun en los más insignificantes y lejanos ranchos se encuentra una bonita joven. Es una cosa algo fantástica, algo parecido a un cuento de *Las mil y una noches*, el caminar por el desierto y ver pasar por entre el verde ramaje del monte una joven blanca como el alabastro que se dirige al río a sacar agua. Cree uno estar soñando y ver una ninfa, una sílfide de las soledades.

El clima de Matamoros, como el de toda la parte del norte de Tamaulipas, es extremoso. En los meses de marzo

y abril la temperatura es como la de México, es decir, de una deliciosa suavidad, que esparce un bienestar indefinible. Ya en mayo el calor se hace sentir, y en junio y julio hasta noviembre el bochorno es insoportable, el zancudo zumba incesantemente y se hace necesario dormir en los patios y balcones. Con el primer Norte llega el invierno, y en diciembre y enero el frío es intenso, las nevadas frecuentes, y la atmósfera está constantemente nublada y melancólica.

A pesar de estas molestas transiciones de la temperatura, todo el país, desde la embocadura del Bravo hasta los presidios de Río Grande y San Fernando de Rosas, es extremadamente sano hasta el punto que ni aun los accidentes catarrales se experimentan con tanta frecuencia como donde sopla el aire helado de los volcanes.

Por estos ligeros apuntamientos deducirá el lector que Matamoros no es un lugar tan despreciable como han querido suponerlo muchos de los que han vivido en él.

En cuanto a su importancia política y el porvenir que podría aguardar a un país, que aunque no minero tiene sobrados elementos de riqueza, es incalculable y se abisma la imaginación al pensar que habiendo estado allí algunos hombres influyentes de México jamás hayan pensado en una medida que lo favorezca radicalmente.

En una serie de artículos sobre el río Bravo he procurado dar a conocer esos países y aunque como se ha dicho, este escrito no puede tener más extensión que la que permiten las estrechas columnas de un periódico, no puedo dejar de reasumir algunas de mis ideas sobre ese punto.

La raza anglo-americana, por ese orden invariable y al parecer milagroso con que se forman las sociedades, debe extenderse de una manera rápida y terrible en todos los desi-

ertos de Tejas; la frontera trazada por la naturaleza, debe ser el río Bravo; la frontera que trace la política del gobierno debe ser Matamoros; así pues, debe formarse allí esa línea que divide la raza invasora de la propietaria y poner un dique para evitar ese cáncer lento, pero seguro, que corroe el territorio mexicano. Esta no es idea mía, es una idea antigua del general Terán que deseaba establecer una colonia de gallegos entre los ríos de las Nueces y Bravo. Un mismo idioma, unas costumbres semejantes es una cadena que une a los pueblos; así el error que se cometió fue colonizar con norteamericanos un terreno limítrofe a ellos. Es menester, pues, no perder de vista para la colonización esta idea, porque el único dique que se puede poner a la invasión americana es la trasplatación de pueblos nuevos con afinidades con México; de otra suerte (y esto no es una profecía) con el tiempo acaso Tamaulipas será un fragmento de la nación de Washington.

Las razones son claras: los tejanos empujan a las hordas salvajes sobre nosotros; cada año la población disminuye y crece el desierto. Nada de población, nada de seguridad, nada de garantías individuales, tampoco nada de industria y nada de progreso; se establecerán poco a poco en el desierto los invasores, y la raza mexicana disminuirá a proporción que aumenta la extranjera: así aconteció con Tejas, así puede acontecer con Tamaulipas si no se pone remedio.

Amargas son por cierto estas reflexiones, pero me ha sido imposible dejar de hacerlas al recordar a Matamoros, a ese país que podría ser uno de los más importantes de la república.

Abril de 1844.

M. P.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN | 11

AL LECTOR | 15

EL PUERTO DE MATAMOROS EN 1844 | 17

El puerto de Matamoros en 1844
Manuel Payno

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2013,
se utilizó la fuente Adobe Caslon Pro.

Se utilizó papel cultural.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares.



Tamaulipas
GOBIERNO DEL ESTADO

 **CONACULTA**



Tamaulipas
ESTADO FUERTE PARA TODOS